

1 Corintios 12:27-13:13

“Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo y miembros cada uno en particular. Si yo hablara lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retiñe. Y si tuviera profecía, y entendiera todos los misterios y todo conocimiento, y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve. El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. El amor nunca deja de ser; pero las profecías se acabarán, cesarán las lenguas y el conocimiento se acabará. En parte conocemos y en parte profetizamos; pero cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño; pero cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos por espejo, oscuramente; pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido. Ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor.” (1 Corintios 12:27; 13:1-13,

Estimados amigos en Cristo Jesús:

La semana pasada, Pablo nos hizo una comparación en la Epístola del día. Comparó la iglesia con un cuerpo, un cuerpo que es uno solo, pero compuesto de muchos miembros diferentes con diversas funciones. El cuerpo no es solamente ojo o solamente nariz, sino el conjunto de brazos, piernas, boca, oídos, ojos, etc., todos funcionando en armonía. De manera semejante la iglesia es una, pero tiene muchos miembros, cada uno con diferentes dones, todos los cuales son necesarios para el buen funcionamiento de la congregación de Cristo. La razón de esta comparación es para que los corintios y nosotros evaluemos bien los dones nuestros y de otros, para que no nos jactemos sobre los nuestros ni menospreciemos a otros que no tengan los mismos dones.

Así Pablo, al continuar con el asunto de los dones espirituales, nos recuerda otra vez por qué Dios da sus dones a la iglesia, y nos indica la actitud que debe penetrar todo buscar dones y uso de los dones. En este texto Pablo nos recuerda: **Busquen servir en amor con sus dones espirituales.** I. Dios ha dado los dones para servir. II. El único motivo para servir es el amor.

Pablo comienza con una lista de varios dones que Dios ha dado a la iglesia. Algunos son personas, otros son funciones. Es diferente de otras listas, lo cual nos indica que Pablo aquí no está dando una enumeración precisa, sino ejemplos de los muchísimos dones con que el Espíritu Santo ha dotado la iglesia.

Los primeros tres que menciona Pablo son dones que tienen que ver con guiar y enseñar a la iglesia con la palabra de Dios. Habla de apóstoles, profetas y maestros. Los apóstoles eran una clase especial de hombres, que fueron llamados directamente por Jesucristo para que, a través de su enseñanza, pusieran el fundamento de la iglesia. Tales personas eran los doce, Matías que tomó el lugar de Judas, y Pablo mismo. Los profetas a veces eran los que recibían revelaciones especiales de Dios que debían comunicar a la congregación, pero también eran los hombres que tenían el don de poder proclamar con poder el mensaje de Dios a las congregaciones, los predicadores en la iglesia. Los maestros son los que tienen el don especial

de comparar pasaje con pasaje de la palabra de Dios, que saben organizar las doctrinas bíblicas para una clara enseñanza, de modo que los miembros de la iglesia puedan crecer en su fe y conocimiento.

Los otros dones mencionados en esta lista son de utilidad o permanencia variable. Algunos son milagrosos, otros de servicio. Algunos eran para señales en la infancia de la iglesia, otros, como ayudas y dirección, son necesarios para el buen funcionamiento de cualquier congregación. Al último, porque solamente era para señal y solamente beneficiaba al que hablaba, mas no a la congregación, Pablo pone el don de lenguas.

Con una serie de preguntas, Pablo nos lleva a reconocer que cada uno va a ser diferente en la iglesia, que no sólo no tendrán todos los mismos dones, sino no deben tener los mismos dones. “¿Acaso son todos apóstoles? ¿todos profetas? ¿todos maestros? ¿Acaso hacen todos milagros? ¿Acaso tienen todos dones de sanidades? ¿Acaso hablan todos en lenguas? ¿Acaso interpretan todos?”

La misma forma de la pregunta implica una respuesta negativa. Como Pablo nos recordó antes en el capítulo, el Espíritu Santo reparte a cada uno sus dones como él quiere. El hecho de que son dones debe servir para evitar todo orgullo en cuanto a los dones que yo tenga, y el hecho de que los distribuye según su voluntad debe evitar toda envidia de los dones de los demás, o algún sentido de inferioridad también porque no poseamos algún don en particular.

Pero el hecho de que son dones también podría llevarnos a una idea equivocada. Podríamos quedarnos pasivos y pensar: “Bueno, si Dios quiere darme algún don, lo hará, y si no, no. Así que nada más no hago nada y a ver qué me da”. Contra esto Pablo escribe: “Con todo, anhelad los mejores dones”.

Al hablar de dones “mejores”, Pablo indica que hay una escala por la cual evaluar los dones espirituales. Aquí en el texto, no nos indica cuál es esa escala, pero en el capítulo 14 lo hará. Allí nos dice que debemos buscar sobre todo poder profetizar, o sea, poder enseñar la palabra de Dios. Lo que da valor no es lo espectacular del don, sino si sirve para edificar y enseñar a la congregación.

De estos mejores dones, Pablo dice que debemos anhelarlos. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que oremos para que muchos miembros de la congregación tengan un profundo conocimiento de la palabra de Dios y que puedan comunicar a otros este conocimiento. Y quiere decir que nosotros mismos nos apliquemos a aprender la palabra de Dios, pidiendo que Dios nos dé el entendimiento y que nos ayude a compartirlo con otros.

Pero también esto implica que si Dios no nos da un don determinado, que no tendremos envidia del que sí lo tiene. Ni tampoco nos sentiremos inferiores porque Dios nos ha dado un don diferente y no el que hemos anhelado. Después de todo, es el Espíritu Santo que lo determina, y él no se equivoca. Como Dios no se equivocó cuando hizo tu pie un pie y no una mano o un ojo, así te ha dado precisamente el don espiritual que necesita la congregación.

Pero no importa cuál sea el don que tengamos, si el corazón no está con la actitud debida, no vale nada. Así Pablo sigue diciendo: “Mas yo os muestro un camino aun más excelente”. Con estas palabras nos conduce a uno de los capítulos más hermosos de la Biblia, el famoso capítulo 13 de 1 Corintios, el capítulo del amor. Allí Pablo nos recuerda que el único motivo para servir es el amor.

Primero nos recuerda que ningún don tiene valor sin el amor. “Si yo hablo en lenguas de hombres y de ángeles, pero no tengo amor, vengo a ser como bronce que resuena o un címbalo que retiñe”. Primero habla de lenguas. No porque sea el más importante, como pensaban algunos en Corinto y muchos pentecosteses hoy día. El capítulo 14 demostrará que eso es falso. Más bien, probablemente porque los corintios lo sobrevaloraban, Pablo les recuerda que no hay beneficio alguno ni para el que habla si lo que lo motiva no es el amor. Todo que queda es una serie de sonidos sin significado.

Pero también habla de la profecía, de la ciencia y de la fe que hace milagros. Pero otra vez, si no hay amor “Nada soy”, dice. La profecía y la ciencia tienen algún valor en sí mismos, porque la palabra de Dios edifica la congregación. Aun los milagros son testimonios. Pero el que profetiza o tiene conocimiento o ejerce esa fe milagrosa no es nada sin el amor. Si no hay amor, no es fruto de la fe salvadora genuina, que obra por el amor.

Dice más. Dice que aunque haga el sacrificio supremo, aunque doy todas mis posesiones a los pobres, de hecho, aunque me ofrezco para la muerte del martirio, pero lo hago sin la motivación del amor, tal vez buscando alabanza y reputación como Ananías y Safira, tal vez buscando gloria como los que corrían tras el martirio en el siglo 2 y 3, Pablo dice que no le aprovecha nada.

¿Qué es esta cosa que debe motivar toda nuestra vida, y también nuestro servicio con nuestros dones espirituales? Pablo da una descripción, negativa y positiva, de lo que es el amor.

“El amor tiene paciencia y es bondadoso. El amor no es celoso. El amor no es ostentoso, ni se hace arrogante. No es indecoroso, ni busca lo suyo propio. No se irrita, ni lleva cuentas del mal. No se goza de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta” (v. 4-7). Cuando dice que el amor es sufrido, nos recuerda que el amor no es algo que se practica en una sociedad perfecta en donde todos se abrazan con perfecta afabilidad. Al contrario, el amor se practica en donde abundan las ofensas, en donde la gente, y aun hermanos, puede herirnos y hacernos daño. En esa situación, cuando la reacción natural sería enojarse, vengarse, Pablo nos dice que el amor es sufrido. Soporta con paciencia, devolviendo bien por mal. Así fue el amor de Dios para con nosotros, el mundo de pecadores, que no tuvimos nada digno del amor en nosotros. Pero nos amó de todos modos, y mandó a su hijo al mundo a llevar nuestros pecados a la cruz y morir por ellos. Y el amor es bondadoso. Así Cristo hizo bien, mostrando su bondad a los pobres y enfermos de Palestina.

El amor no es egoísta. Como está buscando el provecho del otro, no de uno mismo, no envidia al que tiene otros dones, ni se jacta ni se hincha del orgullo. Encuentra deleite en la buena fortuna de los demás, y siente tristeza cuando hay algún mal en los demás.

Y finalmente Pablo también nos recuerda que el amor es permanente. “El amor nunca deja de ser. Pero las profecías se acabarán, cesarán las lenguas, y se acabará el conocimiento. Porque conocemos sólo en parte y en parte profetizamos; pero cuando venga lo que es perfecto, entonces lo que es en parte será abolido. Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; pero cuando llegué a ser hombre, dejé lo que era de niño. Ahora vemos oscuramente por medio de un espejo, pero entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré plenamente, así como fui conocido. Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor”.

El amor nunca deja de ser. Tanto los dones que apreciaban los corintios, como los que alababa Pablo, no serían permanentes. Eran para esta vida, para edificar la iglesia ahora. Pero llegaría el día en que ya no sería necesario ninguno de esos dones. Está hablando de la eternidad, cuando veremos a Cristo cara a cara. Entonces no habrá necesidad de profecía, porque veremos la realidad. Entonces una señal como las lenguas no tendrá ninguna utilidad. Ni el conocimiento como producto de largas investigaciones en las Escrituras será necesario, porque nuestro conocimiento parcial de aquí se habrá convertido en el pleno conocimiento de todo lo que nos conviene saber. “Entonces conoceré plenamente, así como fui conocido”.

La fe y la esperanza, junto con el amor, sí serán permanentes. En toda la eternidad, nuestra confianza estará en nuestro Salvador. Por toda la eternidad podremos esperar siempre nuevas glorias y maravillas. Sin embargo, Pablo dice que el mayor de estos tres es el amor. ¿Por qué? Tal vez porque nos hace más semejantes a Dios, porque Dios es amor.

Así, hermanos, sobre todo busquemos el amor, practiquemos el amor, vivamos en amor. Así también evaluaremos y usaremos bien los dones del Espíritu que Dios tiene a bien darnos. Amén.